

Recordar, compartir, aprender

Elche

Carmen Pomares Grau

Félix Arias Robles, 22 años

UNA LUZ ENTRE LAS PALMERAS Y EL MAR

Por lejano y aturdido, el sol se alzaba tras las palmeras cubiertas de ceniza. Los fusiles habían dejado de disparar y la guerra comenzaba a transformarse en un recuerdo doloroso. El horizonte se vislumbraba turbio, sobre todo para las mujeres. Su destino estaba marcado: velar por los hijos, entregarse a un hombre y ocuparse del hogar. Así se lo hacían saber, desde la infancia, en sus hogares, y para ello les preparaban en la escuela.

Sin embargo, en el colegio de las Carmelitas de Elche, estudiaba una niña cuyas manos sudaban al coger la aguja de bordar. Curiosa y activa, se inclinaba más por los números, y la Madre Eladia, comprensiva, le permitía entrar en clase para practicar con las multiplicaciones. La pequeña se llamaba Carmen Pomares Grau y, a pesar de su rostro amable y su mente inquieta, pocos eran capaces de intuir que, tres cuartos de siglo más tarde, se convertiría en una de las personalidades más apreciadas de la sociedad ilicitana.

Con el paso de los años, la joven Carmencita tuvo que dejar de estudiar y, al poco tiempo, los jóvenes empezaron a cortejarla. Pero ella no les hacía caso, porque había puesto sus ojos en Antonio, un hombre diez años mayor en el que esperaba apoyarse para seguir creciendo. Siempre había preferido la compañía de los varones, que discutían asuntos serios y que no prestaban tanta atención a temas triviales, como la moda.

Cuando se casaron, Carmen sabía cuáles iban a ser sus deberes, pero también tenía claro que no iba a conformarse con las tareas del hogar. Pronto llegaron los hijos y, con ellos, las obligaciones, pero, cuando crecieron, decidió enfrentarse al mundo laboral. Se lo propuso a un conocido en el antiguo hotel de los Arenales del Sol e, inmediatamente, comenzó a trabajar en una oficina donde se ocupaba de ordenar la documentación de las empresas de calzado.

Se sentía feliz. Cobraba lo suficiente como para pagar un piso en Santa Pola y el colegio de sus retoños, era más independiente y, como tenía un horario flexible, lograba extraer tiempo para todo. Pero la empresa cerró y Carmen, que además atravesaba por una etapa difícil de su vida, decidió esperar una nueva oportunidad.

Ésta llegó al poco tiempo de la mano de Rumasa, uno de los grupos empresariales más importantes de la época, que vio en Carmen a la persona adecuada para expandir su negocio en Elche. De esta forma, se convirtió en la propietaria de una concesión de cosméticos, que la llevó a impartir cursos a vendedoras y a organizar desfiles de modelos en el local de la Peña Madridista. Carmen nunca había ambicionado tanto. Disfrutaba con su trabajo, multiplicó por diez su sueldo y el teléfono de su casa sonaba constantemente.

Sin embargo, un frío día de invierno de 1977, la voz que habló al otro lado de la línea no fue la de un cliente, ni la de un amigo agradecido. Su tono era frío y sus palabras sólo dejaban traslucir un significado: enfermedad.

Cargada de valor, Carmen cruzó la puerta del consultorio. Con mucho tacto, un señor con bata blanca le comunicó que esa pequeña mancha que tenía en la pierna era un melanoma y que su vida corría peligro. Tragándose las lágrimas, intentó saber exactamente qué escondía esa palabra, pero nadie se atrevía a explicársela.

Así que empezó a recorrer todos los centros sanitarios que conocía con la cartilla entre los dientes y la firme determinación de pelear hasta el final. Luchó por salvarse y por sacar el cáncer del anonimato. Y lo consiguió. Todos los médicos con los que hablaba se sorprendían de escuchar esa palabra en los labios de una

Recordar, compartir, aprender

mujer, pero pronto se dieron cuenta de que era inútil tratarla con compasión.

A partir de ese momento, Carmen decidió convertir los segundos en días y los minutos, en semanas. Empezó a valorar más todo cuanto le sucedía y a emocionarse con los pequeños detalles cotidianos. Llena de energía, redefinió toda su vida: abandonó su trabajo, descubrió el arte de la literatura y resolvió invertir su tiempo en ayudar a los demás. Participó en la fundación de la Asociación de Lucha Contra el Cáncer en Elche y se convirtió en secretaria de la Asociación de Amas de Casa.

A estas dos instituciones dedicó su ingenio y sus horas de insomnio. Con mucho esfuerzo, consiguió que los ilicitanos se atreviesen a mirar al cáncer a la cara y ayudó a la mujer a salir con fuerza de su hogar. Para lograr esto último, se embarcó en un proyecto pionero en España cuyo objetivo era desvincular la Asociación de Amas de Casa del ayuntamiento e instituirse como una verdadera plataforma de defensa.

Trabajó con toda su ilusión, pero la escasa aportación de las socias no permitía mantener la nueva sede. Cuando todo parecía perdido, Carmen aprovechó su experiencia y propuso organizar viajes colectivos. Durante años, había visitado los rincones de todo el mundo, pero siempre había querido enseñárselos a sus vecinos. Por eso, con esta idea, cumplió su deseo y, al mismo tiempo, logró extraer la financiación necesaria para su querida asociación.

De esta forma, fueron pasando los años. Abandonó estos proyectos y se sumergió en otros, siempre con la misma ilusión. Los tumores se reprodujeron en su cuerpo, pero siempre logró vencerlos. La familia iba creciendo y, con cada nuevo miembro, aumentaba felicidad. Y así, Carmen siguió avanzando y disfrutando de todo cuanto le rozaba el alma o la piel.

Ahora, altivo y dorado, el sol se sumerge entre las tranquilas aguas de Santa Pola. Los bañistas han recogido sus sombrillas y la música empieza a llenar las terrazas de las heladerías. El futuro no tiene importancia, sobre todo para aquellos que acaban de iniciar sus vacaciones. Y Carmen, asomada a la ventana, sonríe satisfecha, porque sabe que su barco aún no ha partido y que, en el puerto, aún queda mucho por aprender.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Vivir más de tres cuartos de siglo implica almacenar miles de recuerdos y adquirir cientos de conocimientos. Pero, si estos años se viven tan intensamente como lo ha hecho Carmen Pomares Grau, todo se multiplica.

Adelantada a su tiempo, activa, sensible y soñadora, Carmen asegura que el conjunto de aventuras a las que se ha enfrentado se deben a que la ignorancia es muy atrevida. Sin embargo, sus ojos y su voz demuestran que hay algo más que osadía en sus actos y en sus ideas.

Con total sinceridad, Carmen señala que, cada día, en todas sus decisiones, ha tratado de extraer lo máximo del mínimo. Es consciente de que la vida le ha tratado bien, de que ha tenido suerte por lo que ha tenido y por las personas que han estado a su lado, pero también sabe que ha tenido que luchar para superar las múltiples dificultades que la vida le ha deparado.

Superar un cáncer y sobreponerse a las presiones sociales de la época en la que le tocó nacer le han hecho más fuerte y han clarificado sus ideas. Disfrutar del momento, ocuparse, pero no preocuparse y apartarse de quienes sólo buscan la desgracia ajena se han convertido en algunas de sus máximas, y a ellas debe en gran medida lo que ahora es.

Religiosa y comedida, Carmen sabe cuáles son sus limitaciones. Sin embargo, levantarse tras cada golpe y no tener miedo a tropezar le han convertido en una persona capaz de entender que sólo se vive una vez.